

ción, de nuestro alojamiento. Asistimos —es el diagnóstico de ambos— a una creciente ritualización de instituciones cada vez más centralizadas y jerarquizadas, que impiden al individuo cualquier iniciativa en la esfera de su propia vida.

Así, la lucha contra la enfermedad depende cada vez más de la creación de redes hospitalarias amplias y complejas; la educación se reduce a una simple acumulación de títulos, y el alojamiento... El alojamiento es la obsesión particular de John F. C. Turner, según se refleja en este libro que acaba de aparecer en las librerías: **Vivienda, todo el poder para los usuarios** (1).

El modo como el autor enfoca el problema ya desde el primer capítulo del libro nos recuerda cierta fórmula que enseñan en las Facultades de Periodismo del mundo: las de las cinco uves dobles ("¿Quién dice qué a quién, etcétera...?"; en inglés: Who says what...?). Turner sustituye esa fórmula por la de "¿Quién decide qué y para quién en el terreno de la vivienda y de los asentamientos humanos...? El problema, en ambos casos es el mismo: para decirlo un tanto pedantemente, la "unidireccionalidad" del proceso. Unos, los pocos, hablan, emiten mensajes, toman decisiones; otros, los más, se amoldan. Es lo que ocurre en el terreno de la vivienda, donde unas organizaciones totalmente centralizadas, bien sean privadas o públicas, deciden por su cuenta cuáles son las necesidades básicas de ciertos sectores masivos de la población, e independientemente de la realidad local (ecología, recursos humanos y naturales, etcétera), diseñan unos modelos estandarizados a los que aquéllos no tendrán más remedio que ajustarse.

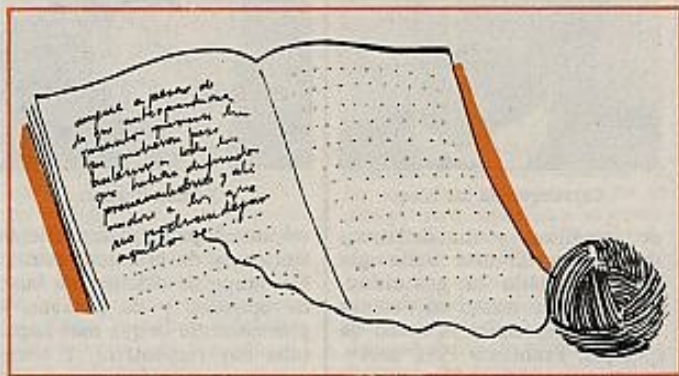
Así nos encontramos, explica Turner, con conjuntos de viviendas-dormitorios, horribles desde el punto de vista estético, de dudosa calidad técnica, y en las que se reproducen además las condiciones de alienación que los usuarios, de la clase obrera básicamente, conocen ya en sus fábricas. Viviendas en cuya construcción se utiliza además tecnología pesada, de alto consumo de energía, y que, al no haberse tomado en cuenta muchas veces las condiciones climáticas locales, exigen un

(1) John F. C. Turner. **Vivienda, todo el poder para los usuarios**, (Hacia la economía en la construcción del entorno). Editorial Blume. Serie: Arquitectura, urbanismo, sociedad. Traductor: José Corral.

gasto suplementario de energía para su acondicionamiento.

Para agravar las cosas, este tipo de proyectos, cada vez más habituales en los países en vías de desarrollo —o zonas subdesarrolladas de países donde existen fuertes desequilibrios regionales— no van acompañados de la creación de infraestructuras de servicios adecuadas, con lo que las condiciones de habitabilidad degeneran rápidamente.

Frente a esa realidad, despilfarradora y opresiva, de la que tan responsable es, en opinión de Turner, el sector privado como el público, el autor reivindica la importancia de un



tercer sector, que llama "popular" y al que atribuye una riqueza, la mayoría de las veces absurdamente ignorada, de recursos personales —imaginación, conocimientos técnicos, capacidad de iniciativa—, así como materiales: ahorros, pequeñas propiedades, etcétera. Recursos que, debidamente potenciados, podrían transformar de raíz el hoy por hoy desolador panorama de la llamada "vivienda social". Esta transformación es necesaria y urgente no sólo por razones que podríamos llamar "democráticas", sino por otras que tienen que ver también con la simple economía: razones, por otro lado, cada vez más imperiosas en un mundo que ve agotarse rápidamente sus fuentes energéticas. Así, gran parte del dinero que hoy se despilfarran en el empleo de tecnología pesada en la construcción de enormes bloques de viviendas, podría dedicarse a una distribución más equilibrada de los recursos básicos, así como a la creación de eficaces infraestructuras de servicios.

La autoridad central no debería fijar, según Turner, líneas de actuación, sino trazar límites y favorecer la utilización de todo tipo de recursos personales y locales, y de tecnología ligera

en la medida de lo posible, dentro de ese marco democráticamente establecido. Así se lograría la máxima adecuación posible de los servicios ofrecidos a las necesidades locales, y todo ello del modo más económico.

Turner se ha inspirado para su trabajo en las viviendas humildes construidas por el llamado "sector popular informal" (muchas veces, asentamientos ilegales), en los países tercermundistas. Al comparar esa clase de alojamientos con los bloques prefabricados de los programas estatales, llega a la conclusión de que el primer tipo de viviendas no sólo es menos alienante, sino que permite

un mayor equilibrio entre ingresos y gastos, y favorece mejor las posibilidades de promoción personal de sus usuarios.

Ciertamente tiene razón Turner cuando afirma que esos defectos no son privativos de los países capitalistas, sino que se dan igualmente en los socialistas. En los países del Este hemos visto más de una vez bloques de viviendas que presentaban un aspecto tan deshumanizado como los que se construyen en Occidente, y allí la planificación está aún más centralizada.

Resulta, sin embargo, peligroso idealizar el "chabolismo", como hace en cierto modo Turner, por el hecho de que en él se exprese mejor la iniciativa personal, sin denunciar a fondo las condiciones socioeconómicas que provocan y perpetúan ese fenómeno en nuestra sociedad capitalista. Porque tanta capacidad de iniciativa es capaz de desarrollar quien se construye una chabola con sus propias manos como el que se hace edificar un chalet por un arquitecto amigo de acuerdo con sus gustos personales. El problema está en explicar por qué en una misma sociedad coexisten chabolas y chalets. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

## Kerouac de segunda mano

¿Necesitaba Jack Kerouac una biografía? Sí, al menos para confirmar nuestras eternas sospechas: que todas sus "novelas" no eran sino fragmentos de las correrías de Jack y sus socios (Allen Ginsberg, Gregory Corso, Neal Cassady, William Burroughs, Lawrence Ferlinghetti), personajes que aparecían ligeramente disfrazados a causa de la vigencia de ciertas leyes penales y por el católico sentido del pudor del propio autor. Lo que no estoy seguro es de que nos mereciéramos una biografía como la publicada por Star Books (1).

Supongo que no es necesario presentar a la revista "Star", veterana de las publicaciones digamos "contraculturales" de este país que todavía conserva las cicatrices de sanciones y sequestros para recordarnos su difícil recorrido. Tan irregular como el contenido de la revista es la selección, traducción y presentación de los libros que aparecen en la colección Star Books, que tiene a su crédito aciertos indudables (Harlan Ellison, Jim Morrison, William Burroughs Jr., Woody Guthrie), junto a ediciones al menos superfluas. "Jack Kerouac: biografía de una generación" es un caso aparte.

En la contraportada del tomo se nos presenta al biógrafo en unos términos tan vagos que resultan sospechosos: un ex periodista que se dedicó a "convivir y a conocer a esta gente marginal que cada vez más acrecentaba su número, y de la que él, al no pactar y aceptar lo establecido, también pertenecía". Mucho me temo que Silvester Wish no sea más que un seudónimo, ya que este "Jack Kerouac: biografía de una generación" es el ejemplo más flagrante de plagio que haya tenido el disgusto de descubrir.

El libro de Star Books no es más que una versión burdamente condensada del "Kerouac" que Ann Charters publicó en 1973 y que, sorprendentemente, ninguna editorial española se ha atrevido a traducir. La obra de esa biógrafa y musicóloga norteamericana entra dentro de la categoría de lo modélico por la

(1) Silvester Wish. **Jack Kerouac: biografía de una generación**. Producciones Editoriales, 1978.

meticulosidad con que establece las andanzas del núcleo primigenio de escritores "beat" y también por la cariñosa imparcialidad de la que hace uso para enfrentarse con un personaje tan frustrado artística y vitalmente como Kerouac. Allen Ginsberg —que colaboró abriendo sus archivos y sus recuerdos— habla de "tacto", "comprensión" y "dignidad" para describir la penosa tarea llevada a cabo por Charters. Cualidades que están ausentes del incalificable refrito del tal Silvester Wish, que no tiene inconveniente en transcribir párrafos enteros del original o en refundirlos con asombrosa torpeza; aparentemente, el inefable plagio confiaba en ocultar su delito con la simple eliminación de la introducción —donde Charters describe los hechos que la llevaron a escribir "Kerouac"— más los apéndices y fotografías que enriquecen el texto biográfico. Increíble.

Dejando aparte lo anecdótico del asunto y las posibles reflexiones sobre la ética del "underground", me irrita pensar que la edición de este libro dificulte la aparición de la obra de Ann Charters o de cualquier trabajo crítico sobre Jack Kerouac. Y es que ambos son necesarios. Ocurre que la obra de

Jack Kerouac nos ha llegado tarde y mal, arrojada en la aureola mítica de los pioneros de la "beat generation", protegido de cualquier intento de evaluación desapasionada por la piadosa cortina que la condición de "clásico difunto" interpone entre un autor y su producción. Despreciado por el "establishment" literario a causa de sus deficiencias formales, sus embrazosos flirteos con el budismo zen y su lamentable decadencia, Kerouac ha quedado convertido por el otro lado en uno de los santones de la contracultura, movimiento que repudió enérgicamente en sus días postreos. Un triste destino. ■ **DIEGO A. MANRIQUE.**

## DISCOS

### Joaquín Díaz: "Preservar el romancero"

El folklore castellano tiene en Joaquín Díaz a su máximo estudioso e investigador, ya desde hace algunos años. A esa tarea viene dedicando mucho de su

tiempo, desde que allá por 1967 empezó a ofrecer los primeros resultados de su labor, en forma de recopilaciones discográficas. Ahora, el cantante vallisoletano ha publicado un profundo y amplio ensayo sonoro sobre el "Romancero" (1), fruto de la labor llevada a cabo por numerosos pueblos de Palencia, Zamora, Salamanca y Valladolid, magnetófono en mano, siempre en busca de los documentos etnográficos y orales que recuerdan a nuestros antepasados y preservan, aún hoy, esa tradición popular. El álbum editado comprende cinco discos, y una generosa, exhaustiva información sobre los temas recogidos, así como sus respectivos textos. Sobre este trabajo, el propio Díaz explica: "Es sorprendente descubrir que en todos los pueblos que he recorrido existen dos o tres personas que saben a la perfección las viejas canciones tradicionales, los romances y coplillas, procedentes muchos ellos de la Edad Media o incluso antes. Se convierten, así, en detentadores y también en preservadores vivos de una historia oral y transmitida de generación en generación. No importa que la cultura rural, donde se produ-

(1) Joaquín Díaz. *Cancionero de romances*. Movieplay 27.0002/7.



Joaquín Díaz.

cen estas manifestaciones, haya sufrido una fuerte agresión por parte de la cultura urbana y sus poderosos medios de comunicación: mientras existan esas personas, receptivas y receptoras, y gentes que deseen conservar sus folklores, la canción popular de nuestros antepasados —patrimonio, por tanto, de la comunidad— no debe perderse".

Joaquín Díaz, amigo personal tanto de Agapito Marazuela en nuestro país, como de Peter

## ADIOS A LAS LETRAS

### Luca del más allá

No he leído la novela *Carta del más allá*, del académico Luca de Tena, a pesar de que el ABC me advierte todos los días que se trata de lo que los ingleses llaman un must, algo que no debes dejar de hacer.

No me gusta obedecerle al ABC. Carmen Conde  
Torcuato Luca de Tena.



si le obedece, que para eso ella es una señora de orden que debe leer a Ruiz Gallardón cuando no sale, para deleite de sus ojos, el *Mirador literario* con las glosas innumerables del río de libros de Pedro de Lorenzo, que de tanto escribir ya parece un seudónimo.

Por eso no he leído *Carta del más allá*. Los libros que no se leen deben ser imaginados, porque así todo es más frondoso. Yo me imagino esa carta dirigida, pongo por caso, al general Franco, que la recibiría con el mismo agrado circunspecto con que leería la *Carta de ayer* de Luis Romero o aquella novela casi erótica con que se nos descolgó en pleno franquismo el autor que ahora nos ocupa.

Pero la carta viene del más allá, de modo que muy bien pudiera una imaginársela escrita por el almirante Carrero o por otros seres recientes de los que tiene memoria el personal autóctono y, de manera especial, parece ser, el humorista Martínmorales, que nos dibuja al susodicho almirante al volante del coche que jamás condujo. Lo que no me explico es cómo Martínmorales conserva tiempo, después de trazar cuidadosamente las cejas de su personaje, para subdijir *La (nueva) Codorniz*, que se estrenó quitándole la sotana al cura Aguirre y no quitándole nada a la duquesa de Alba. Hay que comprenderlo, porque las codornices no son aves rapaces que andan por ahí quitándole todo a todo el mundo. Son

aves selectivas. Sólo quitan lo que sobre, como Carrero Jiménez, el bandolero del centro.

Así que Torcuato Luca de Tena no habrá escrito *La edad prohibida de nuevo*, porque podría interpretarse que se suma a la ola de erotismo que nos evade.

Lo que espero con absoluto optimismo es lo que vaya a decir Gonzalo Torrente Ballester —cojo, mlope y ahora salmantino, pero clarividente— acerca de esa carta que se ha sacado de la manga el académico Luca, su colega. Cuando don Torcuato publicó *La edad prohibida*, Torrente lanzó así su chorro de voz: "¡es una obra! sin especial acierto en la materia y en el modo".

Pero la presenta Carmen Conde, que ahora es una gloria inmortal de nuestras letras. Rosa Chacel, que no pudo ser académica y se queda en escritora, estará revolcándose de gusto ante el resultado de la votación por la que salió académica la señora Conde. Según la citada votación, Carmen Conde tendrá que presentar todavía más de una docena de libros de quienes la votaron en aquella histórica asamblea. Mientras que doña Rosa sólo estará obligada a dar su voz y su texto a tres o cuatro académicos que además publican muy poco.

Hay sillones inmortales que le sientan a uno en el más allá pero que cuestan un ojo de la cara ■ SILVESTRE CODAC.